



Guillermo Blanco

El viejo truco de Rasputín

15-21 - X - 69

ALGUNOS lo califican de "monje loco". Y hay quienes afirman — con muy buenas razones, aparentemente— que el tipo tenía tanto de monje como Atila, Napoleón, Adolfo Hitler y otros ascetas. Tal vez esto último resulte un poco exagerado, pero en lo que sí hay consenso entre la gran mayoría de los historiadores es en el hecho de que el amigo Rasputín era bastante bellaco para sus cosas.

No hace falta entrar en detalles.

Por lo demás, el daño que hizo a la corte del último zar, su papel en el derumbe de la autocracia rusa, la función que le cupo —eficaz aunque involuntaria— como catalizador de la revolución socialista, hasta llegan a ser méritos, si se los considera en la perspectiva del tiempo.

Todo eso está ahí, en los libros, para que entienda quien pueda entender.

No tan claro, y mucho más vigente, es un aspecto que suele mirarse muy por debajo de la pierna: la justificación doctrinaria que Rasputín daba de sus bribonerías. Es una especie de tinterillada maestra. Según el pío monje, lo fundamental en la religión era elevarse "a nivel de místico". Esto tenía su pero: la carne, el ruin cuerpo, el hermano asno, las bajas pasiones.

¿Soluciones? Déle que suene.

O sea, antes de ascender a sus cumbres contemplativas, Rasputín se daba unas farras de órdago. Harto trago, mujeres *pal* mundo y cuantas perversiones se le vinieran al magín. Cumplido el



proceso de premistificación, el hombre podía dedicarse como nuevo a las faenas del espíritu. Con una ventaja: había acumulado tales motivos de arrepentimiento, que el diálogo con Dios se iniciaba en inmejorables condiciones de humildad.

Choro, ¿no?

YNO ES cosa de llegar y horrorizarse con la fórmula. Eso vendría a ser, literalmente, ver la paja en el ojo de Rasputín y saltarse en forma olímpica unos cuantos millones de vigas en los ojos contemporáneos.

Pruebas al canto.

Capitalistas hay, según los cuales su régimen es básico —por no decir el único— para alcanzar la libertad de los seres humanos. Mientras esa libertad se

alcanza, los caballeros practican el déle que suene a su modo, presionando aquí, ahogando allá, extorsionando más allá. Y al que no le guste, a buscar pega en otra parte. Como si hubiera otra parte.

Un buen porcentaje de los políticos sueña con un país puro y casto. Todos pensando en el bien común, todos actuando para lograrlo. Precioso panorama. ¿Y cómo se llega a él? Por vía de la zancadilla, la jugarreta, el cambullón. Lo cual es tan entretenido como las farras del monje ruso.

EN TRE los progresistas de distintos colores se da un cuadro no muy diferente.

En general, coinciden en que es imprescindible mejorar la situación del hombre. Se pirran por dignificar al ciudadano modesto. Gimen por elevar su nivel socioeconómico. Ladran por liberar a los pueblos. (Sí, es una pena que uno prácticamente no pueda moverse, hacer un gesto, porque hay tantos interesados en obtener su liberación.)

¿Y qué pasa con tan laudables propósitos?

Ahí están.

Esperando que termine la etapa de la purga rasputiniana. Porque, mientras tanto, los amigos progresistas se dedican a la destrucción previa. Ya practicarán el amor al pueblo: por ahora, sólo le piden que sirva de carne de cañón para sus guerrillas, sus luchas surtidas y lo que caiga. Las explicaciones de palabra tienen bien poco que envidiarles a las de Rasputín. Que antes de construir es preciso demoler, que a la violencia reaccionaria debe oponerse la violencia revolucionaria, que patatán, que patatán.

HAY QUIENES dicen: "Eso sucede desde que el mundo es mundo". Y hay imbéciles a quienes esto les basta como consuelo.

Otros —los "poco prácticos"— se preguntan en qué forma nos alivia, a las víctimas de capitalismo explotadores, imperialismos avasalladores y revolucionarios *in*, el que allá por la Edad Media cristianos de distintos matices se despanzurraran unos a otros como hijos de una misma familia de lobos... en nombre del amor, la caridad y la concordia.

Sí, los "poco prácticos" se hacen varias preguntas, que podrían resumirse en una: ¿Hasta cuándo, para llegar a sociedades mejores que no llegan nunca, nos seguiremos farreando rasputínicamente la paz, la vida simple, el buen contacto humano, lo real por lo utópico?

En otras palabras, ¿por qué Rasputín, que nunca predicó de veras, tiene más seguidores que Cristo? ■